

Isele Rivero

socióloga, escritora,
feminista orgullosa de
serlo y ex-directora
de información de
la ONU en España



Exiliada en Estados Unidos desde el principio de la revolución castrotrista, compaginó estudios y trabajo en “ese tiempo de despiste que es el exilio”. Se licenció en Sociología, “pues supe pronto que me iba a ser muy difícil sobrevivir siendo escritora” pero fue precisamente la publicación de una novela lo que le permitió acceder a una beca para viajar a Europa, donde inició su profesión.

Ingresó en la ONU a principios de los años 60, “se abrió una oficina nueva en Viena y necesitaban personal, así que mandé mi currículum. El organismo sintetizaba mis ideales: ayudar a los más necesitados y luchar por la paz en el mundo”. Eso es lo que ha hecho durante cuarenta años, en los que

ha trabajado en proyectos de desarrollo industrial, programas de promoción a la mujer y encuentros entre Naciones Unidas y ONG.

Ha participado activamente en los proyectos de paz de Namibia y Honduras como portavoz y asesora política, vivió muy de cerca las atrocidades de Ruanda donde trabajó hasta que Boutros-Ghali, el entonces Secretario General de la ONU se fija en ella y la nombra, ya en 1996, Directora de la Oficina de Información de la ONU en España, cargo del que se jubiló el pasado año, momento en que fue cerrada la oficina.

"Creo firmemente que las mujeres van a cambiar el mundo". Su afirmación está aún muy lejos de poder comprobarse.

Cuando en Naciones Unidas una mujer accede a la jefatura de un departamento inmediatamente se instauran reuniones de consulta, de intercambio de opinión, porque no tiene miedo a compartir su poder sin renunciar a su autoridad. Es parecido a lo que hacen las madres cuando tienen una familia, que no les queda más remedio, ante la autoridad patriarcal, que recoger a sus polluelos y darles a cada uno su valor intrínseco. Esa es la definición de qué debe ser el poder y su forma de ejercerlo. Mira a tu alrededor (la cita tiene lugar en la cafetería del hotel Palace de Madrid), estamos en un lugar habitual de desayunos de trabajo: sólo hay hombres, obviamente financieros pues no hay escoltas. Esto que vemos aquí todavía no ha cambiado, y no sólo en España, en toda Europa es igual. Que no nos engañen, la mujer hoy en día está muy lejos del poder. Hemos conseguido que el derecho a la igualdad no sea cuestionado, al menos en teoría, pero no nos vale con ese reconocimiento, queremos participar en el reparto y la gestión de la cosa pública.

Nosotras, las feministas, siempre hemos mantenido que buscaremos la consulta, el consenso, el

reconocimiento de los agentes sociales y el acceso a las decisiones.

Este discurso parece que nos hace retroceder en el tiempo. De hecho, el término “feminista” parecía superado.

Pues, más que nunca, debería ser usado y con mucho orgullo. Cuando comenzaron los movimientos feministas, en los años 60 y 70, ser feminista era ser revolucionaria, pero es que además, se le daba una connotación subversiva, parecía que éramos bolcheviques y que queríamos romper con el poder establecido a costa de todo. Sin embargo, hoy, al menos, se entiende que lo que estamos buscando es la igualdad, y además de entenderse, se acepta que esto es de justicia. Sin duda, hemos avanzado, pero no olvidemos que no es hasta 1993, en Viena, en la celebración de la Segunda Conferencia de los Derechos Humanos, cuando se habla por vez primera en un foro internacional de los derechos de la mujer.

Antes, hace casi 30 años, en 1975, Naciones Unidas celebró la Primera Conferencia sobre la Mujer, en México. Después le siguieron Copenhague, Nairobi y Pekín. ¿Qué ha cambiado en todo este tiempo?

Desde la celebración de la Conferencia de Pekín sólo hemos experimentado retrocesos. Los gobiernos han claudicado de ciertas responsabilidades, felicitándose por los tibios progresos conseguidos, que nos los muestran como mérito propio cuando son de la sociedad, y además son unos mínimos. Lo que realmente nos encontramos es: más mujeres trabajando aunque ganen menos; ayudas específicas para la maternidad, aunque no se cuantifican correctamente; oportunidades, aunque no igualdad. Es muy poco. Al analizar los centros de poder, la mujer ni si quiera roza la cima; en la política su presencia es muy escasa.

¿Cómo lograr que esto cambie?

Hay que tener claro que quien tiene el poder no lo quiere dejar. Nunca. Y el poder es masculino. Estamos hablando de lograr un cambio fundamental en la sociedad, en la que una parte, las mujeres, pide su inclusión, frente a la otra parte, los hombres, que precisamente ha basado su poder en la exclusión. Pero las cosas no han ido muy bien en el mundo. Echemos un vistazo al actual panorama: proliferación de armas cada día más sofisticadas, a costa de la propia sociedad, no sólo de quienes padecen las guerras, también los países que las observan sale directamente perjudicados. Esta fantasía del ▶



hombre de que el de enfrente se ha de doblegar ante él no nos está llevando a un lugar seguro; en el medio ambiente las cosas no marchan mejor: si queremos escuchar la verdad, el cambio climático es un hecho. No estamos avanzando en lo que se persigue, una sociedad que disfrute de derechos humanos, con recursos económicos dirigidos al bienestar. Hay que conseguir que el mensaje de inclusión sea el que prime como motor de cambio. Las mujeres, no sólo las feministas, todas ellas, por su condición de mujer, entienden el poder de una manera muy diferente al hombre. Habría que convencer a los señores de que el cambio les beneficiaría también a ellos.

También la mujer deberá involucrarse en ese cambio.

La presencia de la mujer siempre es objeto de negociación. Las noruegas comprendieron que si no llegaban ellas al poder no iba a cambiar nada. Y se metieron en las listas de todos los partidos, progresistas y conservadores. En la ONU, las mujeres que hacíamos trabajos con las delegaciones de los gobiernos, nos dimos cuenta de que donde se tomaban las decisiones finales era en el bar. Así que allá nos fuimos. Sabíamos que no íbamos a cambiar las costumbres de forma inmediata por lo que si había que jugar al golf, se jugaba. Un grupo muy numeroso de mujeres confeccionamos una lista en la que pusimos quién jugaba a qué o quién podía ir a cenar habitualmente, y nos repartimos los papeles.

¿Consiguieron algo?

Era la única manera de, al menos, intentarlo. Después tratamos de promover almuerzos y reuniones de mujeres ejecutivas, y ahí empezó la tradición de que las embajadoras, cuando comienza la Asamblea General, se reúnen en un almuerzo. Pero sigue sucediendo: donde está el poder, nunca hay mujeres. En el Consejo de Seguridad sólo ha habido una mujer. En la comisión de desarme, ninguna. Hay que intentar llegar.

Ponía el ejemplo de Noruega. Según un estudio, hay siete países de nuestro entorno europeo por delante de España, en cifras de mujeres muertas a manos de sus parejas o ex parejas. Entre ellos están los países nórdicos, donde las políticas de igual-

dad han sido muy desarrolladas. Pero parece que no han servido para cambiar los patrones culturales de la violencia machista.

El poder mata y lo seguirá haciendo hasta que la educación de nuestros hijos no cambie de forma cualitativa y cuantitativa, y lo haga desde el núcleo familiar, la escuela y las instituciones públicas. Lo que las nórdicas están haciendo es cambiar las políticas de educación. Son ellas las que trabajan para dar el modelo a todo el mundo. Se trata de diseñar una educación igualitaria en el sentido de no definir roles determinados por el sexo. Los roles han de ser compartidos e inclusivos. En muchas familias todavía el hombre no lava un plato, todavía se enseñan roles de gran dicotomía: papá hace esto; mamá hace aquello, todavía estamos bajo el poder ejercido por el patriarcado, y costará cambiarlo.

¿Cuándo se comenzó a tomar conciencia de que la violencia contra la mujer era un mal a erradicar?

Fue una conservadora quien puso sobre la mesa la violencia machista. Moulin Reagan expuso en voz alta en Copenhague lo que las progresistas decíamos en los pasillos. El hecho de que fuera una conservadora quien lo expusiera fue fundamental. Cogió el micrófono y denunció los malos tratos que sufren las mujeres de clase alta, abusos sexuales y físicos. Ella afirmó: "Conozco muchos casos". Entonces comenzó a discutirse la violencia como un impedimento para la igualdad. Rompió, además, el mito de que la violencia machista era de borrachos y de clases pobres. Se produce igual en países desarrollados y en clases pudientes.

No utiliza el término violencia de género.

No me gusta, y además, es producto de un error de traducción. En inglés "gender violence" encierra claramente una acepción sexual, pero en español el término género tiene un significado completamente diferente. Yo hablo de violencia patriarcal, y si quieres, de violencia machista. Además, la Declaración de las Naciones Unidas no deja dudas, y en su versión en español de lo que trata es de la "Violencia contra la mujer". <

“ QUIEN TIENE EL PODER NO LO QUIERE DEJAR, Y HOY EL PODER ES MASCULINO. ESO TENEMOS QUE CAMBIARLO”

